

## I

**E**s noche cerrada, una de esas en las que la luna llena ilumina una ciudad cargada de edificios, de luz artificial y de coches impacientes por volver a sus casas, después de una ardua jornada laboral. La ciudad bulliciosa y nocturna esconde miles de vidas diferentes, personas que viven su día a día sin percatarse de aquellos que les rodean. Solo se preocupan por los suyos, ¿para qué mirar por los desconocidos si ellos no miran por mí? Es el pensamiento de muchos de ellos. Cada una de esas personas, indiferentes ante lo que ocurre, no puede ni siquiera imaginarse lo relacionadas que están, con esos desconocidos de los que tratan de despreocuparse.

En la Avenida Valle de la Ballestera, número 59, se alza uno de los hospitales de la ciudad. Esta noche los coches que pasan por el edificio ni se detienen a mirar, no son conscientes del suceso que se desarrolla en su interior.

Paredes blancas de suelo blanco, luces fluorescentes y un pasillo interminable en el que reina el silencio. A los lados solo hay puertas, la número trescientos veinte, la trescientos veintiuno, la trescientos veintidós que está entreabierta... Si se agudizase el oído quizá se podría percibir de manera entrecortada el sonido de una radio, en la que suena una agradable melodía. *La vie en rose* apacigua el espeluznante silencio que reina en el pasillo del hospital.

Alguien en una de las habitaciones tose de manera que altera la paz respirada en la estancia. Enfermos que en ese lugar, acuden a ser sanados con la esperanza de verse un día junto a toda la gente que se dirige a su casa.

Nunca nadie les ha explicado por qué en un hospital el blanco predomina por encima de los demás colores, nadie les había dicho que el blanco podía ser el color de la muerte. Nadie les había explicado muchas cosas.

Tras el periodo de tos vuelve el silencio, la canción ha terminado y las luces continúan con su intermitente trabajo de alumbrar a una pequeña y encorvada enfermera que recorre el pasillo. Apenas tendrá unos cuarenta años, el pelo canoso se percibe desde lejos, así como su inconfundible bata blanca que resalta su piel azabache. Camina en silencio cargando un pequeño paquete, envuelto en papel de regalo, decidida y lentamente. No sabe de la importancia que lleva en sus manos. La información que va a transmitir marcará a una pobre persona que ha vivido las últimas semanas en la ignorancia.

La mujer se detiene frente a una de las muchas puertas, la trescientos veinticinco, llama un par de veces y sin esperar respuesta del interior, entra cerrando tras de sí.

Dos camas recubiertas con sábanas es lo primero que ve al entrar en la habitación. Una televisión en lo alto de la pared sigue encendida, mostrando una película de los años sesenta a la que le han quitado el volumen, los personajes interactúan entre sí sin transmitir sonido alguno. Una película de mimos en la que el espectador está dormido.

Sobre una de las camas descansa un cuerpo desgarrado y débil, que respira apaciblemente. El muchacho cubierto con una de las sábanas lleva un brazo vendado y el pelo moreno tapándole la frente, parece no tener más de dieciséis años. Un pobre adolescente al que un terrible destino le llevó a estar en el lugar menos indicado en el momento más inoportuno.

Puede que tan solo fuera una casualidad, simples coincidencias de la vida, lo que le deparó tan terrible vivencia.

Las personas suelen jugar un papel, antiguamente los griegos establecieron que el término «persona» se le atribuía a aquellos que en las obras de teatro usaban una máscara al representar un personaje. Si comparamos esa representación teatral con la vida en sí, se podría decir que cada individuo es una persona por jugar un papel en el mundo, en esta obra a escala mundial.

Este chico, jugó el papel del héroe valiente y caballeroso, justo y defensor de sus queridos, saliendo mal parado por ello. Nadie le indicó que ese era su papel, sin embargo, él lo decidió por puro instinto, al darse cuenta de que lo que más quería estaba en peligro. Pocas personas habrían obrado igual, por ello se las calificaría de cobardes al no proteger lo que les espreciado. Pero esas personas son las que ahora siguen con su vida, conduciendo coches camino a casa.

La enfermera cuidadosamente apaga la televisión apretando un botón y un escalofrío le hace percatarse del frío que hace en la habitación. Sube la calefacción a la vez que deja el fino paquete sobre la mesita, contigua a la cama del paciente. Suspira sabiendo lo desolado que debe sentirse el chico estando solo en esa fría, oscura y silenciosa habitación. Conoce su historia, todo el mundo la conoce desde que salió en televisión y en los periódicos, pero eso solo hace que se compadezca todavía más de él. Ese pobre muchacho al que le han hecho vivir esa terrible experiencia. Se acerca al enorme ventanal que muestra los edificios de la calle de enfrente, unos edificios oscuros en los que apenas algunos mantienen las luces encendidas de aquellos que se quedan trabajando hasta tarde.

Corre las cortinas dejando que la oscuridad se adueñe de la estancia, pero justo cuando se marcha, un perezoso movimiento capta su atención.

– Deberías descansar, todavía es de noche – le dice la enfermera al muchacho, que se ha reclinado sobre la cama fro-tándose los ojos.

– ¿Qué es eso que has dejado ahí?

– Una chica muy bonita ha venido hace un rato, me ha pe-dido que te lo diera, pero ya lo abrirás mañana, ahora tienes que descansar – le ordena ella empujándole suavemente sobre la cama para que se recueste mientras le arropa de nuevo.

Obediente, se vuelve a tumbar dispuesto a dormir hasta que ve a la enfermera saliendo y cerrando la puerta. Escucha atentamente cómo los pasos apenas resuenan sobre el pasillo, cada vez más lejanos. Cuando está seguro de haber dejado de oírlos, se incorpora y coge el paquete. Lo abre con suma rapidez para mostrar un CD, no lleva título, ni nombre, un CD plateado sin muestras de tener nada. De todas formas, algo despierta su curiosidad sobre ese extraño regalo. Alarga un brazo hasta la butaca vacía de al lado de su cama, sobre la que un portátil descansa apagado. No está seguro de que vaya a encontrar gran cosa, ni siquiera sabe quién le ha en-viado el CD, pero con cuidado de no hacer demasiado ruido, enciende el ordenador e introduce el CD. Una nota de audio es lo único en su interior. El chico da gracias por tener los cas-cos de música con él y temeroso e incluso un poco tembloroso debido a la emoción, reproduce el audio, expectante por lo que va a encontrar. Le inunda entonces la voz melodiosa de una muchacha joven.

## II

**T**odavía no sé si recuerdas mi voz. Los médicos dicen que tu amnesia es temporal, un producto del *shock* sufrido tras aquello. Pero los médicos son solo médicos y no saben lo que odio que no me recuerdes... Nunca había pensado que pudiera echarte tanto de menos. Aprendí a vivir siempre contigo y siento no poder quedarme parada a esperar que tus recuerdos acudan a ti de nuevo. Pensé que nos costaría más tiempo, pero apenas nos recuperamos decidimos, Álex y yo, contar lo ocurrido en una historia. ¡Quién sabe si algún día el mundo conocerá con todos los detalles lo ocurrido aquel fatídico día! Se me ha ocurrido la estúpida idea de leerte nuestra historia, esa de la cual eres uno de los protagonistas, por desgracia. Espero que seas tan astuto e inteligente, como lo has sido durante estos quince años que he vivido contigo, y no enseñes este CD a nadie. Si se enteran de que pienso contártelo todo sin que lo recuerdes por tu cuenta, no sé qué podría pasar. Por eso, antes de empezar con todo, te pido perdón por contarte todo esto, por privarte de la ignorancia en la que te encuentras ahora mismo, movida por el puro egoísmo que siempre ha obrado por mí.

Hace tan solo unas semanas fue cuando todo comenzó. Recuerdo que ese lunes llegábamos tarde a clase, mamá y papá